

E. MIRET MAGDA LENA

Cuando he dicho que nuestra Iglesia va a la zaga de la Iglesia francesa no quiero decir que hayan copiado nuestros Obispos las decisiones y trabajos de la última Asamblea Episcopal Francesa, recién celebrada. Lo que quiero decir es bien sencillo: que la mayoría de los asuntos que nosotros estamos tratando ya han sido estudiados y resueltos por los prelados de nuestra vecina nación en forma más adaptada a las realidades de su país y más en punta que lo hacemos nosotros.

Hablaba yo hace unos días con un prelado español altamente situado, y observaba sus reacciones ante la conversación que varias personas estábamos manteniendo con él. La sensación que tenía yo era triple: 1) le veía demasiado influido por las circunstancias exteriores; él mismo casi lo confesaba, pero esto daba la sensación de ser de poca utilidad, porque para lo que precisamente necesitamos a un Obispo es para no dejarse impresionar por las circunstancias, sino adoptar la valiente postura que es necesaria para modificar estas circunstancias y este ambiente momentáneo; 2) también lo veía demasiado preocupado por los demás Obispos, con una inquietud excesiva ante las reacciones personales de los demás compañeros de episcopado, cuando el Obispo debe ser siempre un servidor, y no esperar que estemos todos pendientes, dentro de la Iglesia, de sus reacciones humanas, a veces demasiado humanas por insatisfactorias, porque no se encuentran a la altura de la realidad del momento; 3) apreciaba también en sus reacciones un esquema de la realidad de la Iglesia en España que a mí me parece poco real; la Iglesia no debe ser ya preferentemente una organización dirigida piramidalmente, sino un movimiento vital en marcha que debe ser fermento para el mundo y que nunca debe estar morbosamente preocupada por sí misma y por su fuerza, sino ir siempre estimulando a los demás a adoptar unas actitudes religiosas vitales, propias de un movimiento que de verdad estuviera vivo.

Quizá uno de los elementos más negativos que se encuentran en la mente de muchos Obispos españoles es, en mi opinión, el desconocimiento de lo que piensa la gente. Yo llevo muchos años compulsando en conversaciones, entrevistas, diálogos y correspondencia, amplios y variados sectores del país. Por mi género de vida, abierto a muchos campos de la vida de la nación, procuro no encerrarme en las cuatro paredes de los que piensan como yo, creyendo que así conozco a nuestra gente. Y el resultado de estos análisis lo resumo en tres tipos de personas, que, una vez más, compruebo que tienen una actitud bien diferente de la que muchos Obispos creen.

Con motivo de esta última Asamblea, serena evidentemente, pero llena de algodones que amortiguan las palabras, los pensamientos y las acciones, he podido detectar en la

mayoría de la gente española estas tres reacciones que resumo a continuación: 1) la mayoría del pueblo fiel siente verdadera indiferencia por las cosas de que hablan los Obispos; piensan que tratan de cosas quizá aceriadas teóricamente, pero muy poco en consonancia con sus problemas e inquietudes, que son cotidianas; 2) otros, en general los militantes cristianos de apostolado que se reúnen en pequeños grupos y comunidades, muestran el descontento y la desilusión ante la tímida postura que suelen adoptar nuestros Obispos en conjunto, por estar demasiado preocupados los unos de los otros entre sí; 3) también están los rutinarios de nuestro catolicismo nacional, que, probablemente de buena fe, pero de un modo demasiado egoísta, quieren vivir tranquilos y que no cambie nada; son aquellos para quienes el Concilio no ha supuesto nada más que el uso de guitarras en algunas Misas y la utilización del castellano en los textos leídos por el sacerdote en el Misal; lo demás les molesta y piensan que lo mejor sería atenerse a lo de siempre, que no es lo que pasó en otros tiempos en la Iglesia, sino lo que ellos vivieron de niños; en religión no han pasado de la fase infantil.

OBISPOS, ¿PARA QUÉ?

Pero lo que apenas veo por ninguna parte es ese otro pueblo en el que creen todavía muchos Obispos y que quizá existió en otros tiempos, pero que ahora se encuentra tan disminuido que apenas es existente. Me refiero a ese pueblo de la fe del carbonero que describía tan bien el Cura de Ars hace siglo y medio. No se dan cuenta de que el país ha cambiado decisivamente en sus costumbres y en su mentalidad, en estos últimos años sobre todo. Y que el cambio ha sido irreversible y, sin duda, ha variado también la actitud religiosa de nuestro pueblo. Además, la clientela religiosa tradicional cada vez tiene mayor edad, y se va sintiendo desplazada de este nuevo mundo que aparece en la sociedad española. Y por si esto fuera poco, la proporción de jóvenes, dentro de nuestra población, es cada vez mayor, y estos jóvenes se manifiestan con un sentido crítico generalizado sobre la religión que antes no tenían. Por eso, en lo que deben pensar nuestros Obispos es preferentemente en el futuro que se avecina para la religión en nuestro país, y no vivir de recuerdos ni de los contactos con aquellas personas, que cada vez son menos y que están constantemente tras sus talones.

El Cardenal Marty, presidente de la Confederación Episcopal de Francia, ha dado muestras de desprenderse de sus propias timideces y ha manifestado durante la última Asamblea del episcopado galo que "el Obispo es un hombre que trabaja en plena obra, más que un arquitecto; un hombre que se arriesga, antes que un hombre del conformismo". Creo que esto es lo que pensamos también muchos católicos españoles, y sobre todo esta juventud que formará —si todavía sigue siendo religiosa— los cuadros de mañana en nuestra Iglesia. Pero para ello tendremos que reflexionar todos los situados dentro del catolicismo hispano esta frase de Monseñor Marty, que es todo un programa evangélico.

Incluso no se ha recatado este gran prelado francés en criticar los resultados de la propia Asamblea de Obispos, resultados que, sin embargo, han merecido, por su valentía, los aplausos de muchos católicos avanzados y de los protestantes franceses. Dice el prelado francés: "Hemos progresado, pero todavía no hemos ido bastante lejos".

Y, por si fuera poco, añade: "No nos ocultemos la amplitud de la crisis y démonos cuenta de que ésta no debe paralizarnos, ya que todavía vivimos demasiado angustiados por ella".

El año pasado, Monseñor Riobé, Obispo de Orleans, produjo un verdadero impacto, casi un escándalo, porque planteó públicamente en plena reunión de Obispos la oportunidad de ordenar como sacerdotes a hombres casados. De momento, sus compañeros de episcopado reaccionaron en contra. Incluso hubo momentos delicados para este Obispo después de sus declaraciones. Pero el hecho es que recientemente, el Papa Pablo VI, al recibir a otro prelado que no es francés, le expuso que no existía ninguna razón doctrinal ni objeción de base contra esta posibilidad y que con cuidado era necesario pensar en ella, por si en un futuro fuese posible. Este es, precisamente, el resultado de esta valiente postura. Del mismo modo que este Obispo fue quien planteó hace unos meses una postura radicalmente contraria a las armas atómicas y totalmente favorecedora de los objetores de conciencia. Y el resultado ha sido la aprobación de su postura por el Cardenal Marty y un replanteamiento que las Fuerzas Armadas están haciendo en Francia de estos dos temas, llegando a decir hace pocos días la Organización de los Oficiales Cristianos que dentro de este espíritu realista que todos los ciudadanos deben tener "están procurando comprender a los pacifistas, objetores de conciencia y no-violentos". No se puede pedir más como resultado de esta postura decidida de varios Obispos franceses.

Y si así —en nuestros temas propios— hicieran nuestros prelados españoles, es como únicamente podríamos contestar a la pregunta del artículo.